

# LA DAMA OSCURA

Un Romance del Futuro Lejano



MIKE RESNICK

Ella era vieja cuando la tierra era joven.

Estaba en la cima de Cemetery Ridge cuando Pickett realizó su carga. Y también cuando los seiscientos cabalgaron hacia el Valle de la Muerte. Se hallaba, en Pompeya cuando estalló el Vesubio y en los bosques de Siberia cuando cayó el cometa. Cazó elefantes con Selous y búfalos con Cody y observó a Manolete y a Domínguez enfrentarse a los toros bravos en las arenas manchadas de sangre de Madrid. Estaba allí cuando el hombre salió a las estrellas. Vio la Batalla de Spica y el Asedio de Sirio V.

No tiene nombre; no tiene pasado, presente ni futuro. Viste sólo de negro, y aunque ha sido vista por muchos hombres sólo un puñado la conocen.

Es la Dama Oscura, y esta es su historia.

# Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La dama oscura: Un romance del futuro lejano](#)

[Prólogo](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[EL HOMBRE QUE LO TENÍA TODO](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[EL HOMBRE QUE LO ROBABA TODO](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[TERCERA PARTE](#)

[EL HOMBRE QUE LO QUERÍA TODO](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[CUARTA PARTE](#)

[EL HOMBRE QUE LO CONSIGUIÓ TODO](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

22

Epílogo

Sobre el autor

*Para Carol, como siempre,  
y para Tom Doherty y Beth Meacham,  
que mantuvieron cada una de sus promesas.*

## Prólogo

ELLA ERA VIEJA CUANDO LA TIERRA ERA JOVEN.

Estaba en la cima de Cemetery Ridge cuando Pickett realizó su carga, y también cuando los seiscientos cabalaron hacia el Valle de la Muerte. Se hallaba en Pompeya cuando estalló el Vesubio, y en los bosques de Siberia cuando cayó el cometa.

Cazó elefantes con Selous y búfalos con Cody, y se encontraba presente la noche en que el cable se rompió bajo los pies de los Flying Walendas. Estuvo en la caída de Troya y de Little Bighorn, y observó a Manolete y a Domínguez enfrentarse a los toros bravos en las arenas manchadas de sangre de Madrid.

Estaba allí cuando el Hombre salió a las estrellas. Vio la Batalla de Spica y el Asedio de Sirio V, y se sentó en el rincón de Jimmy McSwain la fatídica noche que peleó con Murchison, el Rompecráneos. Recorrió los caminos espaciales con el Ángel, contempló a Billybuck Dancer morir bajo el sol rojo de un lejano planeta, y estuvo al lado de Santiago cuando Johnny *Un-Billete* le abatió.

No tiene nombre; no tiene pasado, presente ni futuro. Viste sólo de negro, y aunque ha sido vista por muchos hombres, sólo un puñado la conocen. Tú la verás —si es que llegas a verla— justo después de haber respirado tu último aliento. Entonces, antes de exhalar el estertor final, aparecerá, silenciosa y con ojos tristes, y te llamará.

Es la Dama Oscura, y ésta es su historia.

## PRIMERA PARTE

### EL HOMBRE QUE LO TENÍA TODO

## 1

## ¿POR DÓNDE COMENZAR?

No es una saga épica, aunque abarca milenios y sistemas estelares. Ni tampoco es una historia de pasión y romance, aunque fue la pasión y el romance lo que precipitó a varios de los participantes a su perdición. Ni siquiera se trata de una narración de gran aventura, aunque sin la gran aventura no habría ningún relato que contar.

Sencillamente, es una crónica real de acontecimientos y, como tal, debería ser presentada en el Lenguaje de la Narración Formal. Sin embargo, si así lo hiciera, haría falta que os relatara, en elegante orden, todas mis experiencias vitales desde el día de mi nacimiento, y ello os daría una visión distorsionada de mi importancia, ya que, con sinceridad, soy poco más que un espectador que, no obstante, logró llevar la deshonra a su nombre, su Casa y su raza.

Por lo tanto, elijo hablaros en el Lenguaje del Recital Informal y, de acuerdo con sus reglas, comenzaré mi historia en el último momento posible, el cual, de hecho, fue el primer momento de mi involucración personal.

Tuvo lugar mientras subía por las escaleras de titanio de la Galería de Arte Odysseus y, jadeando por el esfuerzo realizado en el denso y húmedo aire, me acerqué a la puerta principal del vasto y angular edificio. De pie ante ella había dos asistentes, ambos vestidos con los uniformes púrpura y las centelleantes franjas a los lados de sus pantalones, por lo que me pareció adecuado dirigirme a ellos en el Dialecto de los Invitados Honorables.

—Atención, mi buen hombre —dije con formalidad—. He de recibir instrucciones para llegar al emplazamiento de la próxima subasta.



—¡Vaya, qué me aspen! —exclamó el más alto de los asistentes—. ¡No sólo lleva zapatos, también habla!

De inmediato me di cuenta de que había elegido la forma incorrecta de hablar. Rápidamente, pasé al Dialecto de la Súplica.

—Por favor, buen señor —comencé, disminuyendo mi color y bajando la cabeza en un gesto de entrega—. Mil perdones si he cometido alguna ofensa. Con humildad solicito que me ayudes a llegar a mi destino.

—Eso está mejor —gruñó, y me relajé un poco cuando se hizo aparente que había perdonado mi error social—. Veamos tus papeles.

Le di el pasaporte, la invitación y las credenciales; aguardé en silencio mientras él y su compañero los examinaban.

De repente, alzó la vista y me miró.

—¿Leonardo? —inquirió con recelo.

—Sí, buen señor.

—¿Qué hace alguien como tú con un nombre humano? Señalé mi pasaporte.

—Si observas, mi buen señor, Leonardo no es mi nombre verdadero. Soy miembro de la Casa de Crsthionn.

Miró donde le indiqué, por dos veces intentó pronunciar mi nombre Bjornn y, por último, se rindió.

—Entonces, ¿cómo tienes en tu poder una invitación para un tal Leonardo?

—Así es como me llaman en mi lugar de empleo aquí en Londres Lejano, buen señor.

—¿Te refieres al lugar donde trabajas?

—Sí —contesté, sin olvidar mover la cabeza en señal de afirmación—. En mi lugar de trabajo. En la actualidad, estoy asociado con las Galerías Clairborne.

—Así que... —musitó con tono de duda.

—Sí, buen señor. —Hice una reverencia y junté los hombros, una postura casi perfecta de no agresión—. ¿Puedo pasar ahora, por favor?

Sacudió la cabeza.

—No tengo nada en la lista que me proporcionó mi señor acerca de un alienígena llamado Leonardo.

Podría haberle indicado que los Hombres eran igual de alienígenas que los Bjornn en Lejano Londres; pero ello habría sido inconsistente con el Dialecto de Súplica. Además, ya le había ofendido una vez. Por lo tanto, me incliné aún más.

—Mis papeles están en orden —afirmé, mirando el titanio gris—. Te lo ruego, buen señor; si no se me permite desempeñar mi función, la Casa de Crsthionn será deshonrada.

—Primero hemos de determinar cuál es tu función —dijo—. Ahí dentro hay expuestas obras de arte por valor de unos 200 millones de créditos. Mi trabajo es el de cerciorarme de que tu función no sea robarlas.

—O, quizá, comértelas —añadió su compañero con una sonrisa.

—Por favor, buenos señores —insistí—. Si llamáis a Héctor Rayburn o Tai Chong, confirmarán mi identidad y mi derecho de estar aquí.

—¿Tenemos algún Rayburn o Tai Chong dentro? —le preguntó el asistente a su camarada.

—Ni idea —contestó el otro—. Puedo comprobarlo.

—De acuerdo. Hazlo —se volvió hacia mí—. Muy bien, Leo.

—¿Te diriges a mí, buen señor? —inquirí.

—¿A quién si no?

—Has olvidado mi nombre, buen señor —comenté con amabilidad—. Es Leonardo.

—Mil perdones —dijo, imitando mi tono de voz y haciendo una profunda reverencia—, Leonardo. —De repente, se irguió—. Por qué no te diriges al lado Este del edificio mientras lo comprobamos, ¿eh? Si alguno de ellos te avala, te lo haré saber.

—Me siento muy ansioso por reunirme con mis asociados, buen señor —indicó—. ¿No podría aguardar aquí?

Sacudió la cabeza.

—Estás causando un problema de tráfico.

Miré detrás de mí. No había nadie a la vista.

—Un problema de tráfico *potencial* —recalcó cuando volví a observarle. Comprendí que, de algún modo, había vuelto a ofenderle y, por lo tanto, dejé de emplear el Dialecto de Súplica.

—¿Tardará mucho? —pregunté.

—¿Qué ha pasado con el «buen señor»? —quiso saber, ignorando mis palabras.

—Sin duda era la forma de hablar incorrecta —respondí—. Intento decidir qué dialecto no te ofenderá.

—¿Qué te parece el silencio? —sugirió.

—No conozco ningún dialecto sin palabras —contesté con sinceridad—. ¿Serías tan amable de contestar mi pregunta?

—¿Qué pregunta?

—¿Cuánto tiempo estaré esperando?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —contestó irritado—. Depende de cuántos Rayburn o Chong haya dentro. —Calló un instante—. Mira, sólo cumplo con mi trabajo. Y ahora vete al lado Este como un buen chico, o chica, o lo que seas, y alguien te comunicará cuando se haya comprobado tu identidad.

Di media vuelta y bajé los escalones. Todavía estaba desacostumbrado a usar zapatos, y la acera deslizante se movía a tanta velocidad que temí que rompiera mi equilibrio, de modo que me quedé en la calle, me dirigí al lado Este del edificio multifacetado de titanio y cristal y vi que no había nadie. Reduje mi marcha un poco para admirar un mosaico de cerámica que se hallaba empotrado en la pared de metal al nivel del ojo humano. Por último, llegué a una puerta lisa y sin ningún letrero, situada a una décima de grado del centro de la estructura. Estaba cerrada.

Me quedé ante la puerta y esperé, sintiéndome desnudo y algo incompleto, tal como siempre me sucede cuando estoy solo. Intenté no pensar en el calor y la seguridad de la Familia; sin embargo, cuando eres el único miembro de tu raza en un mundo extraño, no siempre resulta fácil. Transcurrieron cinco minutos; luego, diez más. Tuve la certeza de que con cada segundo que pasaba provocaba más deshonra sobre mi Madre de Patrón y mi Casa, lo cual hizo que mi propia desilusión ante la posibilidad de no ser capaz de llegar a ver las esculturas del fabuloso Morita palideciera y perdiera color en comparación.

Dos hembras humanas pasaron a mi lado y me miraron abiertamente. Mientras continuaban caminando calle arriba, una le susurró algo a la otra y las dos empezaron a reír.

Entonces, Tai Chong salió por la puerta y se acercó a mí presurosa.

—Leonardo —dijo al llegar a mi lado—. ¡Lamento este malentendido!

—No tiene importancia ahora que tú estás aquí, Gran Dama —repliqué, empleando el Dialecto de Afinidad, como siempre hacía en su presencia.

—¿Llevas esperando mucho tiempo? —preguntó.

—No más de veinte minutos —contesté, ocultando las manos a la espalda, de modo que no pudiera verlas hasta que hubieran recuperado su color normal.

—¡Es intolerable! —exclamó enfadada—. ¡Haré que despidan a los guardias de seguridad por esto!

—Fue mi culpa, Gran Dama —comenté—. Les ofendí con mi desconocimiento de la forma adecuada de dirigirme a ellos.

—¡Tonterías! No han dejado de enviar a los alienígenas a esta puerta toda la noche.

Se me ocurrió que la galería debería haber contratado unos guardias menos sensibles y más compasivos; pero no dije nada y, por fin, Tai Chong estiró el brazo para cogerme de la mano y conducirme al interior.

—Tu color ha cambiado —indicó cuando a regañadientes alargué los dedos.

—La temperatura del exterior me resulta cálida —mentí, porque como ella no había aprendido a identificar la Tonalidad de la Angustia Emocional, no tuve deseos de causarle más consternación.

—No sabía que las temperaturas extremas te afectaban tanto —comentó con simpatía—. ¿Preferirías que te llevara de vuelta a tu hotel?

—¡Por favor, permite que me quede! —exclamé con ansiedad, tratando de controlar el pánico de mi voz.

—Claro, si es lo que deseas —aseveró; me miró mientras mi color se tornaba aún más brillante—. Sólo estaba preocupada por ti.

—Te agradezco tu preocupación, Gran Dama, pero es imperativo que prosiga con mi educación y gane créditos para mi Casa. —Callé; luego, con un sentimiento de culpa, ya que iba a exponer una consideración personal, añadí—: Llevo años esperando la oportunidad de ver una escultura Morita.

—Lo que tú digas —contestó con un encogimiento de hombros—. Sin embargo, pienso quejarme de los guardias.

—Fue mi culpa, Gran Dama.

—Lo dudo mucho. De paso —comentó cuando entrábamos en el edificio—, creí que ibas a empezar a llamarme por mi nombre de pila.

—Haré un renovado esfuerzo por recordarlo, Gran Dama —dije.

—Me he dado cuenta de que no tienes ningún problema con el nombre del señor Rayburn.

—Él no es una Gran Dama —expliqué.

Emitió una risita seca.

—Algún día, Leonardo, he de visitar tu mundo, con todas sus Grandes Damas y sus no tan grandes caballeros.

Entonces, llegamos a la galería principal, una gran sala circular con paredes de cerámica blancas y una cúpula face-

tada compuesta de cristal solar bronceado, y el último rastro de mi incomodidad se desvaneció cuando sentí el calor y la proximidad de la multitud. Había unos cuatrocientos seres allí, vestidos con ropas llamativas y elegantes y, salvo unos pocos, todos eran humanos. Entre las otras razas distinguí a un lodinita, tres ramorianos, dos mollutei, un trío de seres alados procedentes del Cúmulo Quinellus y, en un rincón, orgulloso y distante, con los grises y correosos brazos cruzados sobre su pecho estrecho, había un canforita, cuyas medallas de resplandeciente cristal proclamaban que era un superviviente de dos sublevaciones armadas contra la Oligarquía humana.

Tai Chong, que aún sostenía mi mano, comenzó a escoltarme por la sala, presentándome a varios amigos y asociados de ella (a quienes me dirigí con tono grave en el Dialecto de la Diplomacia Cortés, cuya vaguedad pareció divertirles). Luego, Héctor Rayburn, con un aspecto muy elegante en sus acicaladas y lustrosas ropas de noche, se acercó a nosotros y nos saludó.

—Veo que le ha encontrado, Madame Chong —comentó.

—Esos bastardos de la puerta han creado una entrada Sólo Para Alienígenas —contestó con renovada ira.

Rayburn asintió con la cabeza.

—He oído que no han dejado de ponerle trabas a los alienígenas durante toda la noche.

—Fue sólo un pequeño malentendido, Amigo Héctor —intervine.

—Fue una seria violación de los modales —afirmó Tai Chong.

—Bueno, no parece que se haya hecho ningún daño permanente —comentó Rayburn con afabilidad. Ignoró la mirada colérica de Tai Chong—. Leonardo, ¿me permites robarte unos minutos de tu tiempo?

—Desde luego, Amigo Héctor —me volví hacia Tai Chong—. ¿Es aceptable para ti, Gran Dama?

—¿El arte del Cúmulo de Albión? —le preguntó a Rayburn.

—Sí —contestó.

Ella me sonrió.

—Bueno, para eso hemos venido. Nos reuniremos cuando hayas terminado.

Rayburn me condujo fuera de la galería principal y por un estrecho corredor de suelo de madera.

—Va a ser un infierno vivir con ella los próximos dos días —comentó.

—¿Perdón, Amigo Héctor?

—Madame Chong —explicó—. Ella y sus malditas causas. Tú sabes que esos guardias sólo eran un par de patanes que no pretendían hacer ningún daño, y yo lo sé; pero a ella nunca la convencerás. —Calló un instante—. Me gustaría que defendiera a sus empleados humanos con el mismo vigor. —De repente, pareció incómodo—. No pretendía ofenderte, por supuesto.

—Sé que no querías ofenderme —contesté con cautela.

—Piensa que es capaz de cambiar la naturaleza humana de la noche a la mañana, y eso es imposible —continuó—. Uno de estos días va a meterse a defender la maldita causa equivocada de un alienígena o de un asesino esquizoide, o lo que fuere que esté defendiendo esa semana, y entonces se encontrará metida en serios problemas.

Antes de que pudiera pensar en una respuesta diplomática, llegamos a una pequeña galería rectangular que exponía unos cincuenta hologramas y pinturas. Había desnudos, retratos, paisajes terrestres, marinos y espaciales, bodegones, incluso algunas obras abstractas que habían sido creadas por una computadora equipada con un módulo de percepción Durham/Liebermann.

Rayburn aguardó hasta que yo terminé de examinar brevemente la colección; luego se volvió hacia mí.

—Tengo un cliente que está interesado en invertir en un par de piezas del Cúmulo Albión —dijo—. Y como ésa es tu